



LA AMAZONIA COLOMBIANA: POBLADA Y URBANIZADA

Oscar Hernando Arcila Niño¹, Carlos Ariel Salazar Cardona²

Panorámica de San José del Guaviare

RESUMEN

Este artículo es una reflexión sobre cómo han convergido dos visiones para habitar la Amazonia colombiana indígena: de una parte, con su geografía del círculo como forma de construir los espacios vitales; de otra, la visión eurocentrica basada en la geometría del ángulo recto, la aculturación indígena y, en síntesis, en la implantación de las relaciones inherentes al modo de producción capitalista. Se describe primero la fundación de asentamientos humanos que durante tres siglos quisieron establecer los europeos, y luego la creación de pueblos y caseríos derivados de los excedentes económicos generados por la explotación de la quina y el caucho. Entendiendo que la población y el territorio se interrelacionan estrechamente con los aspectos ambientales, se reflexiona sobre el poblamiento contemporáneo, la conformación del anillo de poblamiento y su relación con actividades económicas, la acción estatal y la violencia; que han derivado en la urbanización inminente de esta región rica en matices y contenido, lo cual tiene profundas implicaciones: el crecimiento y distribución de la población, y la construcción de nuevas territorialidades en las que se considera la última frontera por conquistar.

Palabras clave

Amazonia, asentamientos humanos, actividades económicas, urbanización

ABSTRACT

This article is a reflection on how two visions have converged to inhabit the Colombian indigenous Amazonia on the one hand with its circular geography to build their vital spaces; and on the other hand the Eurocentric vision based on the geometry of the raise angle, the indigenous culturization and to shorten, the implementation of the inherent relationship to the capitalist production system. To begin, the foundation of human settlements by Europeans for three centuries are described and then the creation of towns and hamlets derived from economic surplus generated by the exploitation of quina, (cinchona bark) and rubber. With the understanding that both, people and territory, interrelate with the environment reflection is made on the present population, the relation of the people with economic activities as well as with the violence and the government activities, all of this has originated the urbanization of the region, which has deep implications on the growth and distribution of the people, the construction of new territories in what is considered an the last frontier to be conquered.

Key words

Amazonia, human populations, economic activities, urbanization.

¹ Investigador Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas Sinchi

² Coordinador Grupo de Asentamiento Humanos Investigador Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas Sinchi, csalazar@sinchi.org.co

LA SELVA HUMANIZADA PREHISPÁNICA

Contrario a lo que comúnmente se cree, antes de la llegada de los europeos a América los cerca de ocho millones de kilómetros cuadrados que conforman la Gran Amazonia Continental Suramericana ya estaban ocupados por una población estimada en unos siete millones de habitantes (BID, UN y TCA, 1994). Su presencia allí es la evidencia que desde ese entonces la selva amazónica estaba humanizada.

La necesidad de tener acceso a los recursos y la especialización técnica de los grupos nómadas en el territorio, junto con su complementariedad ecológica y la diversidad de estrategias para su subsistencia, explican la existencia del comercio intertribal, la exogamia étnica y clanil, las relaciones jerárquicas interétnicas, los conflictos, las alianzas guerreras y los rituales de paz entre estos grupos poblacionales prehispánicos (Ortiz y Pradilla, 1987).

La diversidad de grupos indígenas, asentados unos y nómadas otros, en los territorios que conforman los actuales departamentos de Meta, Guaviare, Caquetá, Putumayo, Guainía, Vichada y Vaupés, integraba una red compleja comercial de bienes, personas y valores, anudada con fuertes lazos que se constituían en espacios políticos para la comunicación social y del pensamiento. Esa selva humanizada era espacio evidentemente discontinuo, no delimitado nítidamente,

maleable en sus fronteras y fluctuante en su morfología, pero funcional en lo político, económico, social, cultural y religioso.

Tales eran las características generales del poblamiento y de la población que había humanizado la Amazonia colombiana a mediados del siglo XV, cuando la presencia de los europeos en este territorio sentó las bases de su transformación y afectación profundas.

DEL ASENTAMIENTO INDÍGENA AL EUROCENTRISMO URBANO

En el período prehispánico, e incluso hasta años recientes, el círculo no sólo era la base geométrica de la maloca familiar amazónica, multiusos, no compartimentada, sino que también era el fundamento “del diseño circular del poblado rodeado por las tierras de cultivo y más allá las zonas de recolección, de pesca y de cacería. De esa planificación “natural” resultaba una adecuada unidad entre lo social y lo individual, entre la aldea y la casa” (Aprile-Gnisset, 1992). Esta maloca precolombina sustentada en la geometría del círculo era la base sobre la cual la población organizaba su vida familiar y social, a la vez que era el espacio a partir del cual los individuos desarrollaban su actividad económica estructurada en la chagra policultivada.

En esta organización del espacio aborígen amazónico la existencia de la ciudad resultaba superflua, porque



Construcción religiosa en Puerto Nariño

en un entorno huérfano de relaciones sociales sustentadas en el afán de lucro no existían excedentes económicos ni mercados en donde realizarlos. La tierra de propiedad y de uso colectivo carecía de valor de cambio y no era objeto de negociación o de intercambio.

Esta selva humanizada vivió, más vale decir durmió, durante varias centurias una siesta bajo el sol canicular del trópico, hasta que en el siglo XVI vino a ser alterada por la presencia de los conquistadores y colonizadores. Fue esta estructuración del espacio, esta disposición circular de los asentamientos humanos y estas relaciones comerciales soportadas en el trueque las que fueron violentadas por la invasión europea, por el auge de la propiedad privada sobre la tierra, la configuración del espacio urbano con base en la geometría del ángulo recto, la aculturación indígena y, en síntesis, mediante la implantación de las relaciones inherentes al modo de producción capitalista.

El arribo de los europeos se produjo por varias rutas. Por el río Orinoco entraron españoles, holandeses, ingleses y alemanes; por el río Amazonas y su afluente, el río Negro, penetraron los portugueses; por los Llanos del Airico, o Llanos Orientales, y por el río Guaviare, ingresaron otros españoles que descendieron de los Andes. La primera incursión del eurocentrismo data de antes de la fecha de fundación de Bogotá, cuando Juan de Ampudia y Pedro de Añasco, en el año 1535, desalojaron a los Mocoas, quienes habitaban el valle formado entre la Cocha y la laguna de Guamuez. El segundo embate ocurrió en 1542, cuando las tropas de Hernán Pérez de Quesada arribaron al piedemonte del hoy departamento de Putumayo y volvieron a atacar a los Mocoas (Mora, 1997).

Simultáneamente a lo que sucedía en el noroccidente amazónico, en el año 1541 Francisco de Orellana avanzaba y exploraba el territorio de occidente a oriente por el río Amazonas (Gaspar de Carvajal, citado por Cabrera, 2002). Luego de estas tres primeras incursiones españolas, vendrían la de Pedro de Ursúa en 1560 y las de los italianos y portugueses en 1635 y 1637. Todas estas expediciones europeas, y muchas de las que vinieron con posterioridad, estaban motivadas por la ambición de acceder al esquivo oro de El Dorado.

Por la obligación que tenían los conquistadores de fundar poblaciones¹, la estrategia utilizada por estos fue tratar de concentrar a la población indígena en los pueblos recién fundados, a los cuales se les pretendía dotar de características similares a los existentes en el viejo continente. Durante los casi dos siglos que duró el trasegar de españoles, holandeses, portugueses, ingleses y franceses en la búsqueda de la ciudad de oro de Manoa, estos persistieron en el intento de fundar caseríos asistidos, generalmente, por religiosos. Para ello, procedieron a reclutar indígenas a la fuerza, lo que derivaba en su fuga permanente y sistemática.

El primer caserío fundado en la Amazonia Colombiana fue San Miguel Arcángel de Agreda en Mocoa². Este “se estableció en las cercanías del actual caserío de San Antonio (...) por el año de 1557, siendo seguramente establecida sobre el antiquísimo pueblo Andaquí-Kamsá llamado Shajóa”(Mora, 1997). Al igual que la primera, la segunda de estas fundaciones contó con el rol protagónico de los religiosos, que siempre acompañaron a los agentes de la corona española. Corresponde al actual municipio fronterizo de San Miguel, que en 1558 fue fundado por los franciscanos con el nombre de Nuestra Señora de Écija (Torres, 2007).

Además de que los sitios escogidos para esas fundaciones eran espacios que ofrecían seguridad a sus gestores y a los caseríos que se pretendían consolidar, se les confería cierto tinte de religiosidad mediante la construcción de una capilla rudimentaria y se les asignaba la denominación de algún miembro del santoral católico, para lo cual estos conquistadores siempre contaban con el apoyo de los curas misioneros. La existencia de estos caseríos fue muy efímera pues carecían de otros elementos fundamentales que, de

¹ Para el conquistador del siglo XVI colonizar era sinónimo de poblar. En reminiscencia de la vieja frontera con el árabe el sistema colonizador adoptado por los españoles fue esencialmente urbano (Mayorga, 2002). Por eso, los caseríos a los que estos dieron origen fueron “pueblos fundados”, y no “pueblos resultado” del trabajo excedente ni de la división social del trabajo que le garantizara su permanencia. Tampoco fueron la consecuencia de la relación dialéctica entre lo urbano y lo rural. Fueron sólo intentos de la expansión del poder de la Corona española y fruto de la búsqueda infructuosa del oro que, esquivo a la codicia de los invasores, jamás se dejó encontrar.

² Desde su fundación, a lo largo de su historia, Mocoa ha tenido cinco nominaciones diferentes: Shantojóa de origen Kamsa-Ingano-Andaquí (en 1557), San Andrés de Málaga de Mocoa de origen español (en 1563); San Miguel de Agreda de Mocoa (en 1651), y Santa Clara de Mocoa en 1724, año en que fue repoblada. Desde mediados del siglo XIX, esta ciudad ostenta el nombre con el cual se conoce hoy.

acuerdo con Kotkin, históricamente han sido indispensables para asegurar la permanencia y desarrollo de los centros nucleados: mercado, civismo e identidad de vecindad de los pobladores (2006). Por las mismas características culturales de la población indígena a la que se quería congregarse a la fuerza, en esos poblados no se generaban excedentes económicos ni se contaba con un mercado para su realización, además, en ese contexto de reducción forzada era imposible que existieran relaciones de vecindad y una cultura cívica identitaria.

Pese a los resultados pírricos de su empeño, la tendencia de fundar pueblos en contra del querer y sentir de los pobladores amazónicos ancestrales se mantuvo hasta bien entrado el siglo XVIII.

Durante el siglo XVIII nutridos grupos de misioneros se internaron en las selváticas provincias del Caquetá, Mocoa y Putumayo en busca de las tribus indígenas que allí moraban para llevar hasta ellas las enseñanzas de su religión y, desde luego, tratar de reducir las al sedentarismo cuadrulado de sus fundaciones, huérfanas no sólo de una base económica productora de excedentes económicos comercializables, sino carentes de identidad cultural y de significado para los nativos. Fruto de la acción misionera por establecer asentamientos nucleados eurocéntricos en el siglo XVII fueron varias las fundaciones en Putumayo y Caquetá.

Hacia el año 1744 las misiones quiteñas de San Diego habían fundado diez pueblos indígenas en Putumayo: San Antonio de Caquetá, San Miguel de Sucumbíos, San Diego del Río de San Juan, San Juan del Río de Aqueste, San Salvador de Horta de los Mamos, La Concepción de Macaguajes, San Juan de Capistrano de los Encabellados, San Francisco de los Amaguajes, Exija de los Sucumbíos y Agreda de Mocoa.

Del saldo de asentamientos fundados por los misioneros en el siglo XVIII vale la pena mencionar a Santa María, en 1763; San Francisco de Solano en 1768; San Juan Bautista del Río Pescado, en 1777; Patriarca San José del Puerto del Río Pescado, en 1779; y otros como San Antonio del Orteguzá, San Miguel de Puicunti, Santa Bárbara de la Bodoquera y Nuestra Señora de las Gracias del Caguán.

Esta acción fundacional misionera en la Amazonia noroccidental trató de fundirse con su precaria actividad comercial. Por ejemplo, al ritmo que con la pretensión de reducir a los indígenas fundaban caseríos como Agustínillos, Santa María, San Joaquín, La Ceja de Andaquíes y San Francisco, los monjes explotaban comercialmente algunos recursos del bosque, como el cacao silvestre y la cera producida por las abejas (Domínguez y Gómez, 1994).

Desde la óptica institucional, el accionar de las misiones religiosas en la pretensión de reducir a los aborígenes mediante la fundación de pueblos y caseríos con el fin de evangelizar a la población, además, representaba los intereses de la Corona Española en estas latitudes en el siglo XVIII. Esto no fue óbice para que algunas de estas misiones acumularan tierras, hicieran negocios y, paradójicamente, facilitaran el temprano expansionismo peruano allende sus fronteras amazónicas, esto es en la Amazonia colombiana.

Los intentos misioneros por conformar aglomeraciones urbanas sustentadas en el etnocentrismo europeo en la Amazonia, fracasaron por múltiples factores, entre los cuales se encuentran la pretensión de los misioneros por introducir ropas, medios y objetos de trabajo propios de la cultura occidental en un contexto ajeno a la cultura aborigen; los abusos a los que los indígenas fueron sometidos por parte de extractores, comerciantes, e incluso por los mismos frailes; y el instinto de supervivencia de los indios ante la amenaza que para su vida representaban la viruela, la gripe, el tifo o la tuberculosis, que entonces se habían tornado endémicos en la región (Domínguez y Gómez, 1994).

A esta serie de causas del fracaso de las misiones en el Putumayo en el siglo XVIII, se agrega el poco empeño que les prodigaron algunos misioneros.

Aunque estos sitios que pretendieron tener vida urbana contaban con un espacio sagrado materializado en la capilla que coronaba la plaza principal, trazada siguiendo los cánones del ángulo recto como manifestación física de una ideología de la fuerza y de la represión ejercida por los invasores, distaban de ser espacios que proporcionaran seguridad básica a la población y eran incapaces de desarrollar un mercado



Parque principal Florencia

comercial, pues este carecía de la producción de excedentes comercializables y de la presencia de consumidores solventes.

En síntesis, los intentos etnocentristas por sedentarizar a la población silvícola, ancestralmente asentada en la Amazonia Colombiana, se prolongaron durante tres siglos. Se pueden considerar como verdaderos fracasos, pues al finalizar el siglo XVIII los pueblos más viejos habían sido abandonados, de modo que para esa época “sólo subsistían los sitios, sin misioneros y sin vida urbana. El último esfuerzo español por dominar la Amazonia Noroccidental había fracasado” (Domínguez y Gómez, 1994).

LA URBANIZACIÓN AMAZÓNICA A PARTIR DEL SIGLO XIX

La colonización de la Amazonia colombiana en los siglos XVIII, XIX y en la centuria precedente, fue consecuencia de la acción del Estado en procura de ejercer la soberanía en aquellos territorios fronterizos en donde la presencia de brasileños y peruanos era más ostensible, civilizar a los indígenas y poblar el territorio con inmigrantes. De acuerdo con Domínguez y Gómez, “en la tradición iniciada desde el siglo XVI en la Nueva Granada, civilización era sinónimo de reducción o poblamiento nucleado”

Para estos propósitos, utilizó medidas político-administrativas ordenadoras del territorio y continuó delegando a la Iglesia el sometimiento de los indígenas, la fundación de pueblos y la construcción de vías de comunicación y penetración. Así, se les concedió el estatus de corregimiento a Mocoa, Sibundoy, Solano, Putumayo, Aguarico y Mecaya entre 1845 y 1849, pese a la debilidad del poblamiento urbano. Con el fin de asegurar su soberanía sobre el territorio amazónico, establecer relaciones comerciales con los países vecinos y fomentar la migración de pobladores provenientes de otras latitudes del país, en la cuarta década del siglo XIX el Estado colombiano optó por cubrir con la figura jurídica de *Prefectura del Caquetá* a casi toda la Amazonia del país, que comprendía el territorio conocido como el *Gran Caquetá*, del que hacían parte los departamentos de Caquetá, Putumayo, Vaupés y Amazonas.

Para promover la colonización, la ley que creó la Prefectura del Caquetá precisaba que la rama ejecutiva del poder público podía “conceder en propiedad hasta ciento cincuenta fanegadas de tierras baldías a cada una de las familias que se hallen establecidas o que se establezcan en adelante en el territorio del Caquetá”, las cuales, además, quedaban exentas durante una década de cancelar tributos al Estado (Domínguez y Gómez, 1994).

Lejos de ser un proceso armónico de ocupación del territorio por personas ajenas al mismo, se produjo en condiciones de violencia en contra de la población indígena. Mientras que, por un lado, el Estado trataba predial y fiscalmente con benevolencia a los inmigrantes interesados en asentarse en esta región, por el otro flanco, buscaba *reducir* mediante ingentes esfuerzos de agrupar a la población indígena, a la que consideraba *salvaje*. Acabar con el supuesto salvajismo de los nativos por medio del evangelio y, además, urbanizarlos fue uno de los problemas del Estado durante un siglo, contado a partir de la promulgación de la Ley que creó la Prefectura del Caquetá.

No fue esta la única Ley promulgada con el fin de civilizar y *urbanizar* a los indígenas mediante la formación de pueblos o parroquias en el siglo XVIII. Entre las otras normas que se expidieron sobresale la Ley 103 de 1890, que institucionalizó las misiones en esta región colombiana autorizándolas a reducir a la “vida civilizada a las tribus salvajes que habitaban las riberas de los ríos Putumayo, Caquetá, Amazonas y sus afluentes”.

Como consecuencia de lo anterior, se desintegraron muchos de los asentamientos indígenas amazónicos, mientras que la acción combinada de colonos con la de las autoridades instauradas en el territorio determinó la disminución de la población silvícola y el despojo de la propiedad inmemorial de sus tierras, las cuales terminaron amparadas por títulos de propiedad a favor de nuevos propietarios (Aprile-Gnisset, 1992: 79).

Si las centurias anteriores fueron desastrosas para los indígenas amazónicos, las postrimerías del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX fueron un verdadero cataclismo para esta población. Lo fue porque al trabajo de misioneros, colonos y autoridades civiles vino a agregarse el extractivismo de la quina entre 1870 y 1885, y a partir de 1880 la explotación del caucho con grandes costos ambientales para la región, pero sobre todo con una pérdida irreparable de vidas humanas de la población indígena.

La instauración del esclavismo como forma social de producción y demás atrocidades cometidas por los agentes de las empresas quínicas y caucheras en



Mural templo de Mitú

contra de la población nativa durante más de medio siglo, tuvo connotaciones de genocidio en la Amazonia colombiana. Debido a la sevicia de la nefasta Casa Arana y de algunas otras agencias extractivistas, y al salvajismo inherente a este modo de producción en contra de los silvícolas, la población ancestral se redujo drásticamente. Los 50.000 indígenas que, de acuerdo con Aprile-Gnisset (c1992), reportara Agustín Codazzi en 1851 para toda la Amazonia, se habían reducido a 32.000 en 1906 y a sólo 13.997 en el año de la guerra con el Perú.

Se puede afirmar que la construcción del actual anillo de poblamiento amazónico tuvo su génesis entre 1870 y 1913 durante el auge cauchero. Dicho auge trajo aparejadas la destrucción de la riqueza natural, la barbarie ejercida por los negociantes convertidos en extractivistas siringueros y la muerte de la población nativa.

Pero así como estas bonanzas extractivas fueron la causa del genocidio de la población indígena, al mismo tiempo generaron las condiciones para el surgimiento de muchos de los centros urbanos cuya existencia llega hasta el presente. Sin duda esas dos dinámicas económicas sentaron las bases de la urbanización de la Amazonia colombiana y de la configuración del actual anillo de poblamiento. Estas dos bonanzas lograron lo que no pudieron llevar a término los colonizadores europeos con la fundación de pueblos, ni la labor evangelizadora, comercial y civilizadora de los misioneros en procura de hacer sedentarios y reducir a la cuadrícula del poblado sin sentido a una población nómada dotada de una cosmovisión sustentada en el círculo. Esto no quiere decir que durante los periodos mencionados no se fundaran pueblos habitados por indígenas. Lo que se quiere resaltar es que en medio de la bonanza quínera y cauchera *surgieron* (no se *fundaron* en el sentido, en que se había intentado en los siglos anteriores) o nacieron a la vida política del país buena parte de los actuales municipios, caseríos y corregimientos amazónicos.

El surgimiento de estos poblados no obedeció al simple querer de las autoridades civiles o eclesiásticas al imponer la voluntad de un Estado y un gobierno distante y extraño a la región. Antes que ser fundaciones propiamente dichas, los asentamientos humanos nucleados

que ahora se conformaban fueron *pueblos resultado* de la generación de excedentes económicos reportados por las bonanzas quínera y cauchera, de la atracción poblacional que éstas propiciaron y de la conformación de mercados. Allí, a la vez que se transaban las mercancías requeridas por el extractivismo, se mercadeaba la producción agropecuaria excedentaria que demandaba la población que había arribado a la región para beneficiarse de la explotación de estos dos recursos naturales.

Así se completaban, al menos transitoriamente, los condicionantes que, de acuerdo con Kotkin son comunes a los conglomerados humanos que logran sobrevivir durante un tiempo considerable:

Un centro y/o símbolo religioso, materializado en las capillas que coronaban la plaza central de la plaza de los poblados recién fundados y que también representaban los sacerdotes que siempre fueron protagónicos en las fundaciones.

Unas condiciones relativamente propicias de seguridad, inherentes a los campamentos y bodegas construidos en los espacios más adecuados para almacenar la corteza de la quina y la balata extraída de los siringales.

Unas vías de comunicación que, cuando no lo era el río, eran los caminos precarios en construcción que conducían y conducen hacia la región Andina.

La conformación de rasgos de identidad de la población inmigrante que, en medio de las dificultades de la selva, necesitaba desplegar sentimientos precarios de solidaridad.

Un mercado de bienes y servicios necesarios para la explotación de los recursos naturales e indispensables para la esclavitud de los indígenas, la manutención y la vivienda de obreros, empresarios y demás población vinculada a estos extractivismos.

En este contexto extractivo, de genocidio de la población nativa y de destrucción del medio ambiente, se reestructuraron algunos de los poblados que habían sido fundados en los siglos anteriores, pero sobre todo surgieron otros caseríos, ya no como conglome-

rados carentes de significado para sus habitantes, sino como pueblos resultado de la relación dialéctica entre la población rural dedicada a la explotación de estos recursos y la población inmigrante asentada alrededor de las bodegas quineras y caucheras.

El asentamiento humano más antiguo del departamento de Caquetá, que es fruto de este extractivismo, es el actual municipio de Puerto Rico. Para su fundación, en 1882, además de la acción de la Iglesia, confluyeron los intereses de la Compañía Vargas y Cano, que en las proximidades del río Guayas estableció con el nombre de *El Boquerón* el primer campamento para la provisión del producto fruto de sus actividades. En este espacio intermedio entre Florencia y San Vicente del Caguán coincidieron las Compañías Caucheras Colón, Cano, Cuello y Puerto Rico. La necesidad de transportar la balata hacia el exterior de la Amazonia impulsó a la Compañía de Puerto Rico a construir la trocha *Londres* hasta Gigante (Huila), y a la agencia de Colón a hacerlo mismo en dirección a Algeciras, también en el Huila.

Otro de los asentamientos humanos nucleados que nació de la relación contradictoria y complementaria entre las faenas extractivas y el mercado de suministros, alimentos, hospedajes y demás mercancías es la capital del departamento de Caquetá. En efecto, Florencia se fundó en 1902 sobre el puerto de La Perdiz, que tomó su nombre de la agencia cauchera homónima constituida como centro de acopio cauchero desde 1899. Su fundación no hubiera sido posible, ni necesaria, sin la existencia del excedente económico derivado de la extracción de la balata y de la producción agropecuaria que, siendo generada en los alrededores de la sede de la agencia cauchera, empezaba a fluir en busca de compradores que tuvieran capacidad de pago. El otrora caserío de La Perdiz tampoco habría surgido si no fuera porque contaba con el río del mismo nombre que le permitía la comunicación con otras latitudes y la circulación de mercancías relacionadas con ese extractivismo. Además, con la presencia activa de los frailes, que simbólicamente trocaron el nombre original por el de la ciudad de su procedencia.

En el mismo año en que se establecía la bodega de La Perdiz muchos de los caucheros que entraron por el Putumayo se esparcieron por la región, siguiendo el

curso de los ríos y quebradas. Precisamente, en una de las riberas de la quebrada La Chorrera fundaron en 1899 el caserío del mismo nombre, que les habría de servir de contrafuerte para su extractivismo.

Muy distante de este lugar, pero igualmente guiada por la necesidad de recolectar y empacar el producto de su actividad extractiva, un año después otra compañía cauchera armó un campamento que, siguiendo la costumbre de acudir al santoral romano y que refleja la presencia activa de los religiosos, sería constituido como el pueblo de San Vicente del Caguán en 1905. Por su ubicación estratégica, este asentamiento nucleado pronto se constituyó como eje de poblamiento a raíz del *boom* cauchero, y porque la abundancia de tierras motivó la “ganadería por encargo” impulsada por ganaderos huilenses a partir de 1912.

La presencia de caucheros colombianos y brasileños se esparció por toda la región, llegando hasta el oriente amazónico, en donde la necesidad de tener campamento y bodega dio como resultado el surgimiento de Mitú hacia el año 1903, a la orilla del río de donde tomó el nombre el departamento del Vaupés³. Tal fue la magnitud de esta bonanza en el alto y medio Vaupés que el extractivismo por cuenta de la empresa Calderón Hermanos requirió de la fundación de otro embrión de conglomerado humano, esta vez a la orilla del río Unilla, tributario del Vaupés, en donde esta compañía subyugó, esclavizó y diezmó a los Tinigua, Uitoto, Nukak y Carijona, pero a la vez atrajo a inmigrantes que, como funcionarios, obreros y prestadores de servicios se vincularon a dicha agencia. Ese centro cauchero, que fue uno de los más poblados de la Amazonia en la primera década de siglo XX, es el actual municipio de Calamar. Por su importancia demográfica y económica este municipio fue elevado transitoriamente a la dignidad de capital del Vaupés en 1910.

Por aquella misma época, los misioneros capuchinos promovieron el trazado urbano en damero de Mocoa, con una plaza principal, templo y casa de gobierno (Torres, 2007). En esos años surgieron los munic-

³ Aunque 1935 aparece como el año oficial de la fundación de Mitú, lo cierto es que ya en 1903 el extractivismo cauchero había dado origen a este asentamiento nucleado.

pios de Puerto Asís⁴, Leguízamo⁵ y San Antonio de Guamuez en la provincia de Sucumbíos en el Ecuador, así como los actuales centros poblados de Santa Rosa y Guacamayas.

Como consecuencia del primer auge cauchero se empezó a consolidar el poblamiento amazónico con inmigrantes del interior del país. De esta dinámica dan cuenta los datos de población de Florencia, que en 1920 llegaba a las 7.886 personas; la de San Vicente ascendía a los 2.200 habitantes y la de Belén de los Andaquíes a los 1.000 pobladores (Tovar, 1995).

La transformación de campamentos y sitios de almacenamiento de mercancías regados en la selva amazónica, que en un corto tiempo se trocaron en caseríos, se prolongó durante todo el siglo XX, sobre todo durante la vigencia de la explotación del caucho. Uno de esos caseríos se fundó en el antiguo territorio de la comunidad indígena Andakí:

Aprovechando los esfuerzos de los primeros colonos y las orientaciones espirituales y civiles dadas por el misionero capuchino Fray Jacinto María de Quito, se acordó construir un pueblo a 400 metros sobre el margen derecho del río Pescado, en el altiplano de Santo Tomás. Sesenta hacheros lograron derribar 40 hectáreas de monte, trazar calles, demarcar los sitios para la capilla y el convento. El 17 de febrero de 1917, se declaró fundado el pueblo al cual se le dio el nombre de Belén de los Andaquíes. Belén, como tradición religiosa, y de los Andaquíes, en reconocimiento a los indígenas que antaño ocuparon este próspero y pujante territorio (García y Santanilla, 1996).

La creación de San José del Guaviare, en 1938, fue posterior a la de Calamar y también corrió por cuenta de caucheros en el marco ya no de la primera, sino de la segunda bonanza de este recurso tropical.

Como lugar de almacenamiento del caucho y de abastecimiento de remesas, bajo el ímpetu de esta segunda bonanza a mediados de los años treinta del siglo XX, surgió otro asentamiento humano de tra-

bajadores y explotadores de la balata y el caucho negro en el Guaviare. La creación de ese asentamiento humano nucleado, conocido hoy como Miraflores, estuvo liderada por la empresa extranjera Rubber Company Inc. La impronta del papel protagónico que dejó esa empresa en la conformación del territorio en el noroccidente amazónico se manifestó en la apertura del carretable San José - Calamar, en la limpieza del cauce del río Unilla, en la construcción del camino de herradura Calamar - Santa Rosa, en la edificación de “campamentos en Acacias, San Martín, Puerto Meyer, Puerto Arturo, Miraflores y Mitú, y en la construcción de aeropuertos en Calamar, Miraflores, Mitú, Monfort, La Pedrera, Santa Clara, Leticia, La Tagua, El Encanto, Araracuara, Campo Baxter, Campo Troco, La Concordia, Caucajá, La Vorágine, La Chorrera, Puerto Carreño, San Fernando, La Victoria, Losada y Uribe”.⁶

Además de estos caseríos, algunos de los actuales asentamientos humanos nucleados, que en su mayoría hacen parte del anillo de poblamiento contemporáneo y cuyo origen es posible asociar con el establecimiento de sedes de agencias y/o campamentos caucheros en la Amazonia Colombiana, son: La Victoria, Losada, Uribe, Morelia, Tres Esquinas, Puerto Príncipe, Cananguchal, Yará, Curiplaya, La Argentina, Puerto Nueva Granada, La Tunia, La Tagua, Numancia, Puerto Pizarro, Mecaya, Peneya y El Encanto.

El crecimiento poblacional de la Amazonia derivado del auge cauchero se dinamizó antes, durante y después del conflicto bélico colombo peruano. El crecimiento comercial y urbano de Florencia en la segunda década del siglo XX estuvo determinado por el medio millar de peones que en 1911 arribaron a este asentamiento humano para vincularse a la reconstrucción y la ampliación del camino a Guadalupe, que de cara al conflicto en ciernes con Perú, era menester acometer para facilitar el tránsito de tropas y el transporte de pertrechos que se podría requerir en el escenario bélico. Tal flujo poblacional hacia la capital del Caquetá dinamizó la economía de esta ciudad en gestación y la ayudó a consolidar, en la medida en que algunos deci-

⁴ La fundación del municipio de Puerto Asís data del 3 de mayo de 1912. Por su posición estratégica en la antesala de la guerra con el Perú, fue erigido corregimiento el mismo año de su fundación.

⁵ Según lo reseña Torres, “en 1900 existía un sitio llamado “La Perdiz” cerca de la desembocadura del Río Caucajá en el Río Putumayo, hasta donde llegaba una trocha abierta en la época cauchera por Fermín Hoyos. Este cauchero la utilizaba para sacar “la tagua” y el caucho que eran vendidos a los barcos peruanos que pasaban” (Torres, op.cit.).

⁶ Pinzón, Alberto “Monopolios misioneros y destrucción del indígena”, citado por Mejía, (Op cit).



Puesto de mercado en Leticia

dieron asentarse en este espacio urbano y otros optaron por vincularse a la producción agropecuaria. De la misma manera, la concurrencia del interés de colonos por poblar el territorio que hoy ocupa el municipio de Solano y el propósito del Estado colombiano por ejercer su soberanía geopolítica en la época de tensión militar con el Perú, se tradujo en la autorización oficial para el traslado de la Inspección de Tres Esquinas desde Curiplaya hasta el territorio que hoy ocupa ese municipio.

Esta confluencia de intereses públicos y privados también se hizo presente en Putumayo, en donde la acción del ejército colombiano organizó y estableció las bases militares de Puerto Ospina, La Tagua y Caucaý (Pinzón, 1990). Fruto de esta colonización de corte militar son estos tres asentamientos humanos y la consolidación de El Encanto, Leguízamo y Tres Esquinas, así como el fortalecimiento de la ciudad fronteriza de Leticia y del municipio de Solano.

La guerra con el vecino país se constituyó como el motor para la fundación y el poblamiento de algunos caseríos amazónicos, dinamizó el comercio urbano organizado alrededor de los puertos de embarque de personas y mercancías, hizo necesario el relativo mejoramiento vial regional, estimuló, además, la colonización pecuaria y ganadera generadora de exceden-

tes económicos en Caquetá y Putumayo, y requirió la presencia de instituciones como la Caja Agraria, el Ejército Nacional, las Juntas de Acción Comunal, la educación pública, los puestos de salud y, mal que bien, los servicios públicos domiciliarios.

Esta dinámica poblacional y de ocupación del territorio se fortaleció en el posconflicto cuando en el noroccidente se presentó la bonanza maderera conocida como *el desflorecimiento del cedro* y se inició la explotación petrolera en el Bajo Putumayo.

Para la extracción del cedro y otras especies valiosas, sus promotores utilizaron las trochas, caminos y demás infraestructura heredada de las misiones y las caucherías. Adicionalmente, abrieron otras vías para interconectarse con los ríos, por donde sacaban los bloques de madera, y para articularse con los centros de consumo. Estas mismas vías fueron luego utilizadas por los colonos espontáneos y dirigidos para abrir sus fundos y establecer sus asentamientos. En el caso del departamento del Caquetá:

Recorriendo las trochas que conducían a los cortes de cedro, se inició en esta región la colonización espontánea hacia el interior de los mesones de los ríos, en el puerto de Remolino en 1954 y en Valparaíso en 1959, primero con la colonización dirigida por la Caja

Agraria y luego, en 1962, con la colonización dirigida que penetró hasta donde se acabaron los baldíos (Uribe, 1998).

Del mismo modo, la vía Mocoa-Puerto Asís, inaugurada en 1957, “permitió la ocupación en sus áreas adyacentes de más de 15.000 colonos” (Torres, 2007).

La exploración petrolera se trocó en la primera bonanza de este recurso que vivió la Amazonia⁷. Aun cuando las empresas Shell, Roosevelt y Texas Petroleum Company exploraron en busca del oro negro en Puerto Rico (Caquetá), Cartagena del Chairá, Solita⁸ y La Rastra en la segunda década del siglo XX, la fiebre del petróleo se inició treinta años después, cuando la Texas adelantó actividades de exploración a mediados del siglo en Orito, San Miguel, Acaé y el Valle del Guamuez. Al vaivén de la exploración y la explotación del petróleo en el bajo Putumayo se construyó la carretera entre Santana y Orito y, paralelamente, el oleoducto hasta Tumaco, lo cual se constituyó en un incentivo más para el poblamiento amazónico, no sólo porque la vía facilitó el ingreso de inmigrantes, sino porque la oferta de empleo para la construcción de estas obras civiles atrajo el poblamiento rural y la urbanización del sur putumayense.

De la dinámica de este proceso da cuenta la siguiente reseña:

Las perforaciones introdujeron grandes recursos económicos y atrajeron trabajadores del interior del país para la apertura de trochas. Hasta 1973 llegaría mucha gente ante la expectativa de empleo generada. Unos vinieron a buscar trabajo y otros a desmontar y a sembrar con el único fin de vender más tarde sus parcelas a la Texas a precios muy elevados. Se fortalecieron los asentamientos de Puerto Asís y La Hormiga. Cuando empezó la exploración del petróleo, Orito fue el eje de la colonización. En el lapso de dos años allí aparecieron 40 veredas (Torres, 2007: 72).

⁷ Se dice que ésta fue la primera bonanza petrolera de la Amazonia, porque ahora, en los albores del siglo XXI, se está dando inicio a una segunda bonanza gracias a los hallazgos de pozos promisorios en Villagarzón, el sur del Meta y en los límites entre La Macarena y San Vicente del Caguán.

⁸ El actual municipio de Solita se originó en un campamento que estableció la Texas en medio del paraje selvático. Su nombre se deriva del hecho de estar tan aislado de otros centros poblados

En los años sesenta del siglo XX, las compañías petroleras también exploraron en búsqueda del hidrocarburo en la Sierra de La Macarena, San Vicente del Caguán y en las riberas del río Losada. Las expectativas de la explotación del petróleo actuaron como un imán de atracción de la población campesina desempleada en la región Andina que, en tal condición, arribó a esta zona del noroccidente amazónico. Sin embargo, cuando dichas empresas optaron por cerrar o tapar los pozos, la explotación del petróleo se convirtió en una quimera para esta población que, ante la carencia del trabajo petrolero anhelado, decidió establecer su asentamiento humano ya no como empleados de las empresas extranjeras, sino como campesinos productores de cultivos de pan coger y ganaderos incipientes.

Como las demás bonanzas extractivas, el auge del petróleo también llegó pronto a su fin, y, como las otras, dejó testimonio de su presencia. Dejó la infraestructura que requirió la explotación y, lo más importante: el poblamiento.

Una vez llegó la crisis del petróleo, derivada de la transferencia asociada a la explotación de este recurso a la empresa estatal Ecopetrol, enseguida apareció una nueva bonanza: la de la marihuana. Esta bonanza tuvo dos características fundamentales: su presencia fue efímera en extremo y se focalizó en el Sur del Meta y en el departamento del Guaviare, exclusivamente, en donde se monetizaron las relaciones económicas entre los colonos, se incentivó el poblamiento, se estancó la producción alimentaria, se fomentó el comercio, el consumo suntuario y el boato sin sentido, se abrieron nuevas trochas y rutas de transporte terrestre, se mejoró la oferta para la movilidad fluvial, se afectó grandemente el entorno natural y ecológico de la otrora Reserva de La Macarena, se crearon las condiciones para el cultivo con fines ilícitos y, otra vez, se vivió un periodo de violencia en el Guaviare y en el Meta septentrional.

No acababa de terminar esta primera bonanza de productos psicotrópicos cuando en las postrimerías de la década del ochenta del siglo XX llegó a la Amazonia, para quedarse hasta el presente, otro cultivo con fines ilícitos: la coca.

Desde los tres focos iniciales Miraflores y San José del Guaviare, el actual Parque Nacional Natural de La Macarena y las apartadas selvas del Vaupés, se esparció hacia el Caquetá, Putumayo e, incluso, al departamento del Amazonas, de modo que en la actualidad este cultivo tiene presencia en el 73% de las 78 divisiones político-administrativas de esta región colombiana.

Al margen de consideraciones morales y políticas, la coca representó para la Amazonia lo mismo que el café para la región Andina de comienzos del siglo XX: su integración a una economía global mediante el cubrimiento de la demanda de un *commoditie*.

En materia poblacional y urbanística, esta bonanza contemporánea generó impactos importantes e irreversibles en la Amazonia colombiana:

- El surgimiento de caseríos y la consolidación de los pre-existentes, como Barranco Colorado, Charco Danta, Cachicamo, Los Pozos, El Tigre, El

Placer, Remolino del Caguán, Santafé y Rionegro, entre otros.

- La municipalización de varios asentamientos nucleados. La casi totalidad de los actuales municipios, que anteriormente eran inspecciones de policía o corregimientos municipales, adquirieron su mayoría de edad en plena bonanza cocalera. Entre estos se cuentan municipios del sur del Meta como Puerto Rico, Uribe, Mapiripán y Puerto Concordia, lo mismo que ocho de los dieciséis municipios que conforman el departamento del Caquetá: Albania, Cartagena del Chairá, Curillo, La Montañita, Milán, Morelia, Solano, San José del Fragua y Valparaíso. Además, en este mismo departamento se erigió como municipio, Solita en 1996. De forma similar, en el departamento de Putumayo, Orito fue erigido municipio recién inaugurada la bonanza cocalera, en 1978, y luego lo fueron el Valle del Guamuez, en 1985 y Puerto Caicedo y Villagarzón en 1992. Obedeciendo a la misma dinámica, tres de los cuatro municipios que integran

TABLA 1 CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN TOTAL DE LA AMAZONIA ENTRE 1973 Y 1993

Departamento	Número de personas en:		Incremento:	
	1973	1993	Poblacional 1973-1993	Porcentual 1973-1993
Amazonas	15.602	56.399	40.797	261,49
Caquetá	180.372	367.898	187.526	103,97
Guainía	6.918	28.478	21.560	311,65
Guaviare	14.171	97.602	83.431	588,74
Putumayo	67.336	264.291	196.955	292,50
Vaupés	8.798	20.989	12.191	138,57
Total 6 departamentos	293.197	835.657	542.460	185,02

Fuente: Con base en López (2009).

TABLA 2 CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN TOTAL DE LA AMAZONIA ENTRE 1973 Y 2005

Departamento	Población total		Incremento:	
	1973	2005	Poblacional 1973-1993	Porcentual 1973-1993
Amazonas	15.602	67.726	52.124	334,09
Caquetá	180.372	420.337	239.965	133,04
Guainía	6.918	35.230	28.312	409,25
Guaviare	14.171	95.551	81.380	574,27
Putumayo	67.336	310.132	242.796	360,57
Vaupés	8.798	39.279	30.481	346,45
Total 6 departamentos	293.197	968.255	675.058	230,24

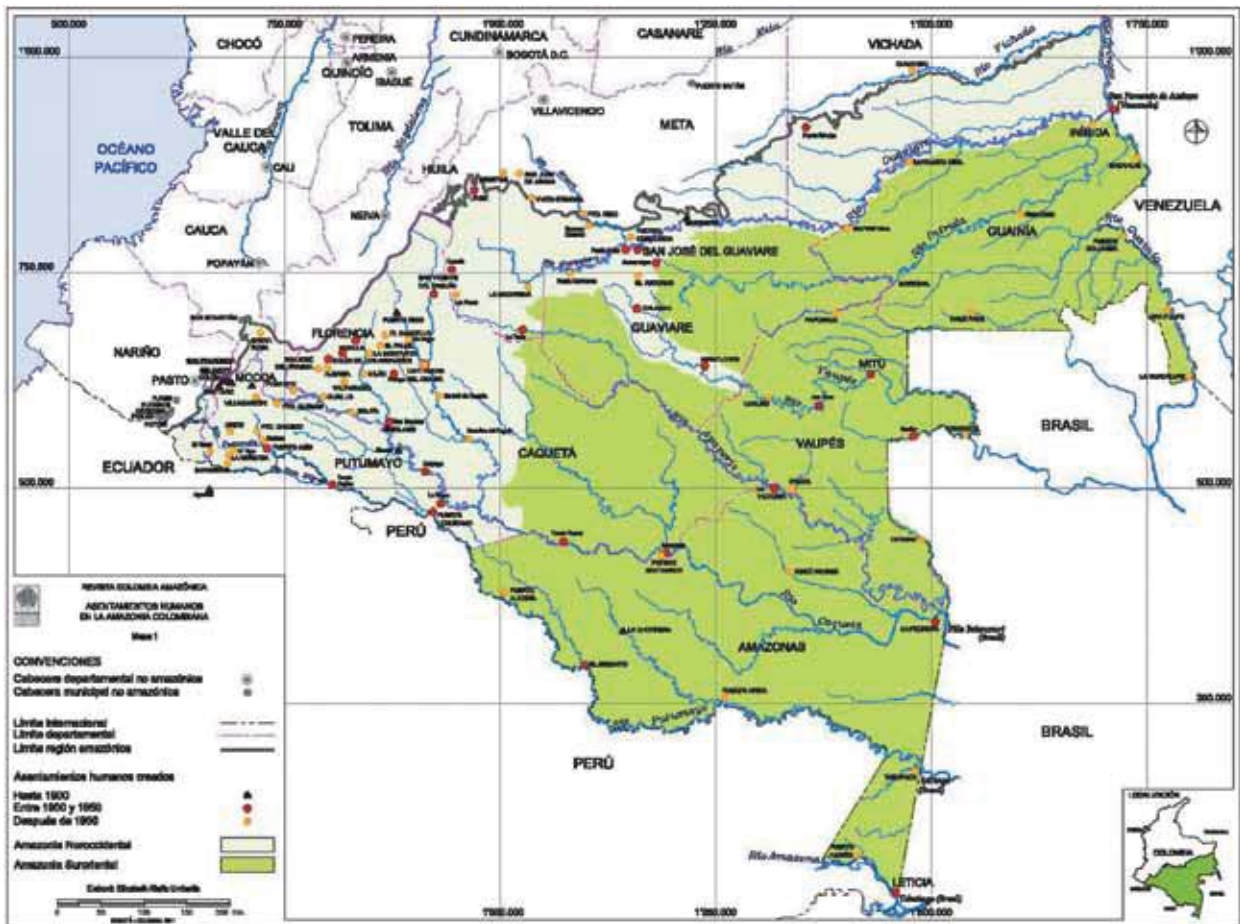
Fuente: Con base en López (2009).

el departamento del Guaviare adquirieron su mayoría de edad en 1992, en plena fase expansiva del ciclo cocalero: Miraflores, El Retorno y Calamar.

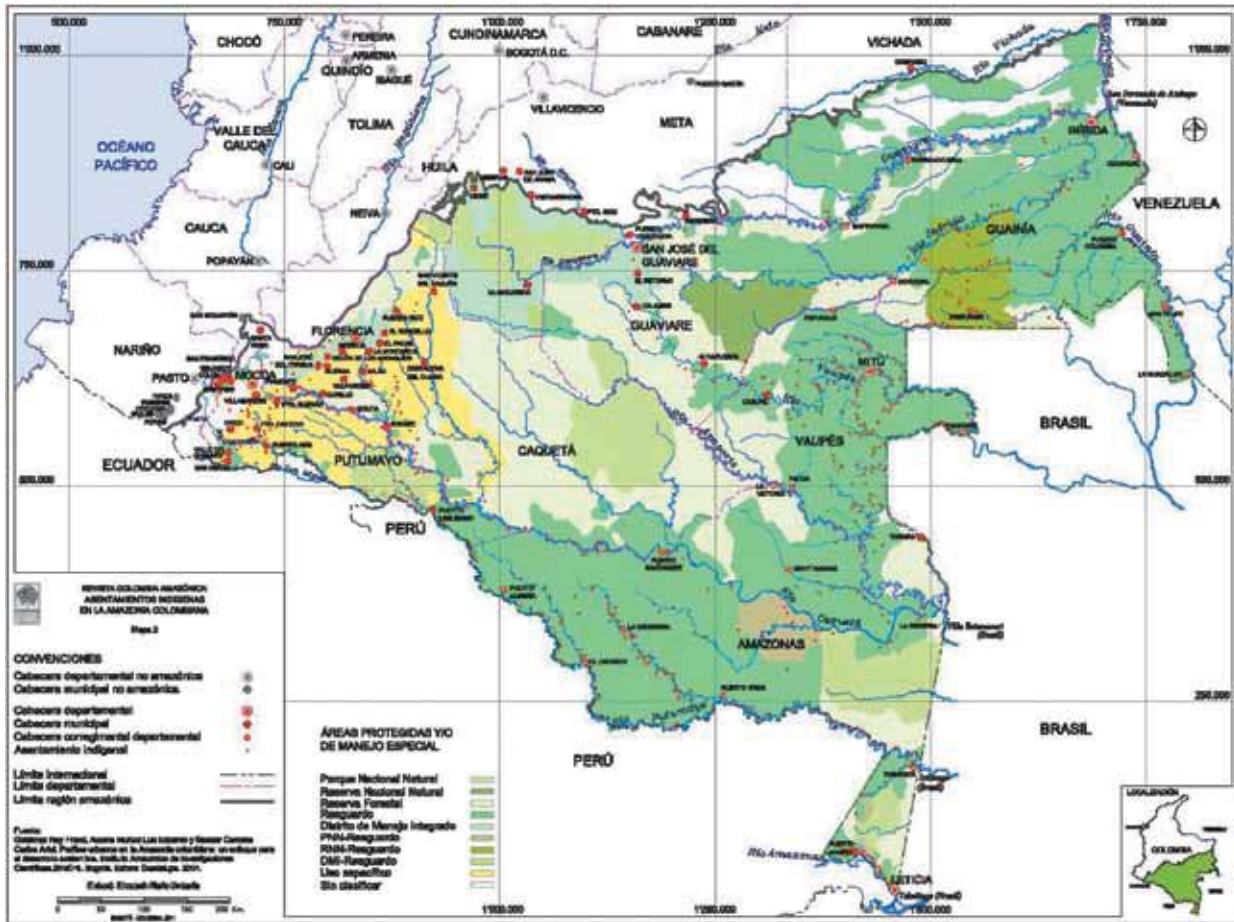
- El incremento poblacional sin precedentes. Para que la municipalización fuera posible se requirió que estos asentamientos humanos contaran con el poblamiento mínimo que la ley establece. Tratándose de un producto cuya materia prima es el follaje de una planta, era obvio que su cultivo atrajera grandes cantidades de mano de obra hacia las áreas rurales, dispuesta a participar directa e indirectamente de la bonanza. Este proceso dio origen a un amplio poblamiento de próximas y remotas áreas amazónicas. Como consecuencia de esta dinámica económica y social, la población total de la Amazonia colombiana se incrementó en más del 185% entre 1973 (antes del auge cocalero) y 1993 (en plena bonanza de este cultivo psicotrópico). Esto significa que la población de esta región del

país creció más de medio millón en ese lapso de veinte años, tal como se aprecia en la Tabla 1. Debido, en parte, a estos movimientos poblacionales, la Amazonia pasó de tener 293.197 habitantes a tener 968.255, a lo largo del período 1973-2005, lo que indica que por cada habitante que estaba asentado en esta región en 1973, a mediados del primer decenio del siglo XXI, existían 3,3 personas más en 2005. Es decir que la población de esta región colombiana se triplicó en el término de las tres últimas décadas, al incrementarse en más de 675.000 personas, tal como se muestra en la Tabla 2.

- La estructuración del territorio. Los municipios amazónicos en donde la actividad cocalera echó sus reales se poblaron de veredas y pequeños caseríos, que luego se convirtieron en inspecciones de policía o centros poblados. De esta forma, en el año 2005 existían más de 500 veredas en el sur



MAPA I. ASENTAMIENTOS HUMANOS EN LA AMAZONIA COLOMBIANA.



MAPA 2. ACTUALES ASENTAMIENTOS INDÍGENAS EN LA AMAZONIA COLOMBIANA.

del Meta, y el municipio de La Macarena pasó de contar con 18 veredas en el año 1988 (González, 1990), tener 175 en el 2006. El papel que jugaron los diferentes ciclos expansivos de la economía de la coca como fuente de atracción poblacional en las áreas agrestes de la Amazonia Colombiana explica por qué la población no asentada en las cabeceras municipales de esta región creció más del 162% durante los veinte años del periodo inter censal 1973-1993. Esta dinámica poblacional significó que los habitantes asentados en las áreas rurales de la Amazonia colombiana se incrementaran en cerca de 340.000 personas (véase la Tabla 3), equivalentes al 62,5% de todo el crecimiento regional en esos veinte años (véanse los Mapas 1 y 2).

EL ANILLO DE POBLAMIENTO

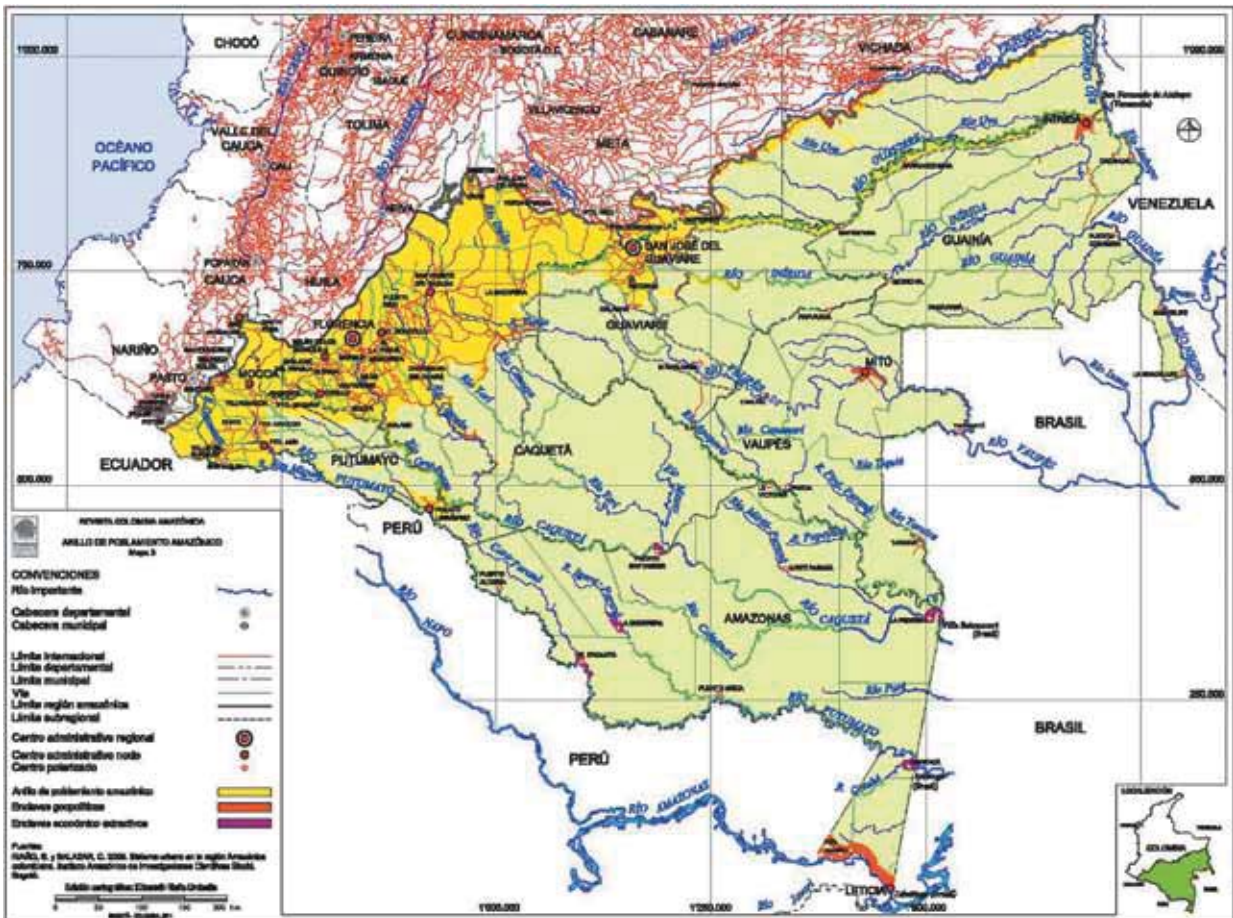
Esta dinámica de ocupación e intervención humana ha dado origen a la construcción de continuos urbano-rurales del espacio en las zonas de colonización del noroccidente (piedemonte putumayense, caquetense y metense, ejes Ariari-Vichada y Guayabero-Guaviare). En estos continuos urbano-rurales circulan los flujos económicos de doble vía: producción agropecuaria hacia mercados terminales andinos y distribución de productos de consumo final e intermedio hacia la parte rural. Esto ha implicado la especialización y homogeneización de la producción agropecuaria en términos de acumulación de capital, situación que pierde vigor allí donde termina la continuidad del espacio construido.

La colonización del piedemonte putumayense y caqueteño, así como el frente dinámico en el eje de los ríos Guayabero-Guaviare, Caguán-Caquetá, Unilla-Itilla, Vaupés y Putumayo, se explican por la crisis del sector agropecuario a escala nacional, dado por la decreciente competitividad de las actividades agropecuarias altamente intensivas de capital y la pérdida de participación de la producción de la economía campesina en las tres últimas décadas.

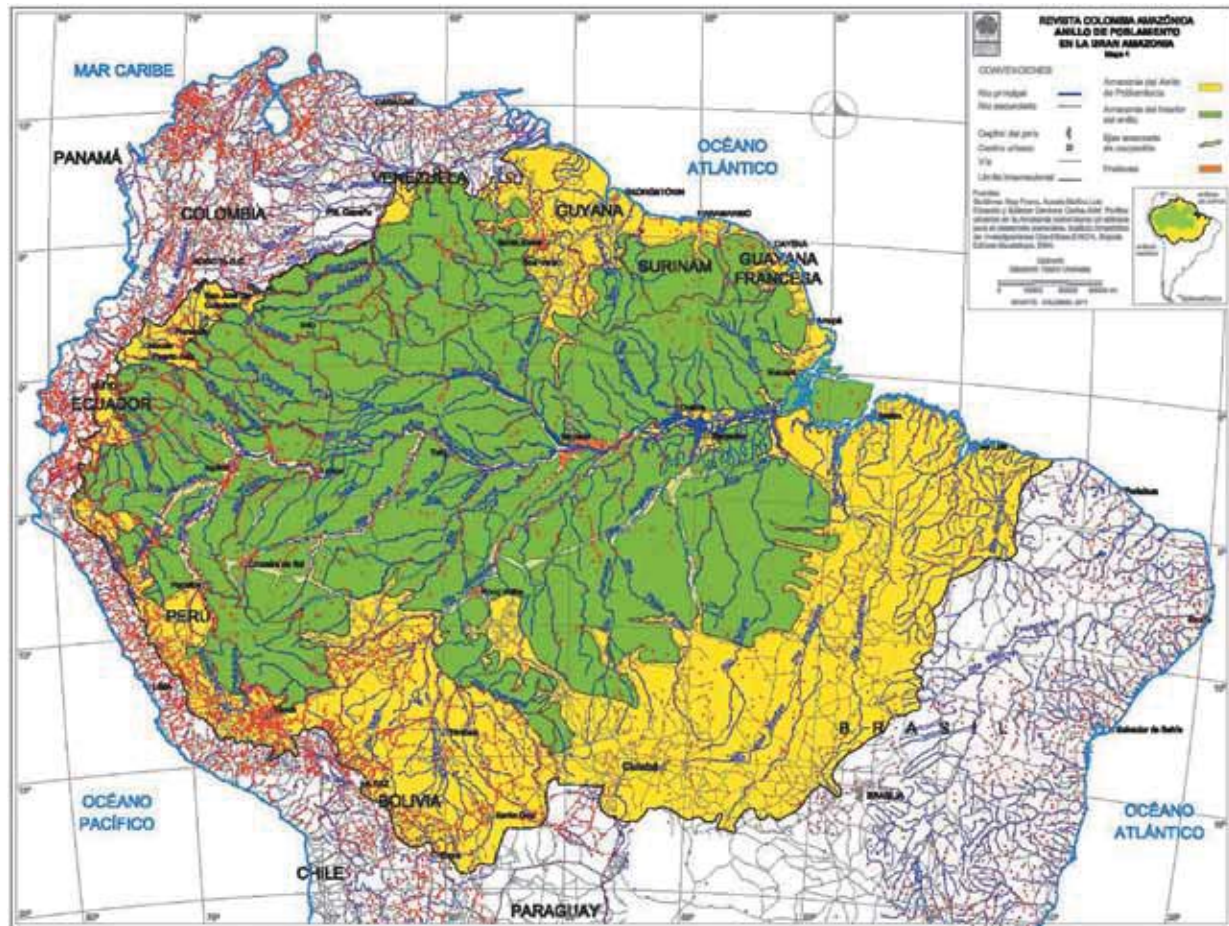
Los excedentes económicos percibidos por la producción de pasta básica, y ahora por los hidrocarburos, proveen el flujo de capital de inversión y de trabajo necesarios para continuar expandiendo la infraestructura de la finca, profundizando la concentración de tierras y la ganadería como actividad predominante. En esta subregión se registra la mayor intervención del territorio, una colonización agropecuaria que am-

plía la frontera ganadera del país y los más intensos procesos de urbanización de la Amazonia colombiana. De hecho, allí se ubica la mayor cantidad de **población** urbana de toda la región.

La expansión de la ocupación humana ha dado origen al denominado **anillo de poblamiento**, hecho que explica la creación de las bases territoriales de la sociedad rural amazónica, la cual se despliega en un práctico continuo de ocupación y asentamiento que avanza en sentido occidente-oriente. La relación de continuidad urbano-rural establecida anteriormente es inexistente en las sociedades indígenas y en los asentamientos de enclave de la región sur-oriental. Allí, la organización del espacio ha derivado del desarrollo de enclaves administrativos y geopolíticos como Leticia, Mitú y Puerto Inírida, que deben su existencia a las transferencias presupuestales del Estado (Domínguez, 2000).



MAPA 3. ANILLO DE POBLAMIENTO EN LA AMAZONIA COLOMBIANA.



MAPA 4. ANILLO DE POBLAMIENTO EN LA GRAN AMAZONIA

En el año 2005, la superficie del anillo de poblamiento era de 91.282 km², equivalentes al 19,15% del territorio regional. En este continuo urbano-rural se contaron 913.286 personas, las cuales representan el 77,56% del total poblacional en la región, que ascendía dicho año a 1'177.484. El restante 22,44% (264.197 personas) se ubicaba en territorio regional fuera del anillo y en los denominados enclaves geopolíticos y económico extractivos (véase el Mapa 3).

La dinámica poblacional y urbanística que desde hace varias décadas registra la Amazonia colombiana se inscribe en el contexto del crecimiento demográfico y urbanístico actual de los países no desarrollados y, particularmente, de la Panamazonia. En efecto, veintiún millones de personas, esto es el 62,8% de la población de esta inmensa región suramericana, ha-

bita en las ciudades que en ésta se han construido, (Geoamazonia, 2009) (véase el Mapa 4).

Se puede decir que, al igual que sucede en la Amazonia colombiana, el poblamiento urbano de esta mega región del planeta es un proceso masivo e irreversible, como se deduce del hecho de que ciudades como Belén y Manaos, en Brasil, y Santa Cruz, en Bolivia, tengan cada una más de un millón de habitantes (Geomazonia)

CENTROS URBANOS RECEPTORES DE POBLACIÓN

En estricto sentido, en la Amazonia colombiana no existen ciudades propiamente dichas. Al igual que en el resto del país, allí se han conformado ciudades embrionarias a medio construir, ciudades en obra negra

o *proto ciudades*, tal como denomina April-Gnisset a las ciudades colombianas.

Es a estos centros urbanos en construcción hacia donde ha emigrado buena parte de la población que hasta hace relativamente poco tiempo residía en las denominadas áreas rurales y selváticas de la Amazonia. Esta población ha urbanizado las capitales departamentales y las cabeceras municipales amazónicas. Como reflejo de esta tendencia se observa que casi la mitad (el 49,95%) de la población que en el año 2008 habitaba en los municipios de la región, residía en sus cabeceras municipales. Aunque los habitantes urbanos aún no son la mayoría, es evidente su tendencia creciente. En 1973 el 29% de la población se localizaba en los centros urbanos, en 1985 esta proporción pasó a 38% y en 1993 fue del 34%.

Esto quiere decir que, expulsada por el desempleo y la concentración de la riqueza en las regiones Andina, Caribe, Orinoquia y Pacífica, pero atraída al mismo tiempo por la dinámica de la coca y, más recientemente, alimentada por el desplazamiento intramunicipal derivado de la violencia y de las acciones del Plan Colombia, la población urbana de la Amazonia pasó de 84.802 habitantes a 506.089 habitantes en el periodo comprendido entre 1973 y 2008.

Si bien es cierto que en el término de esos 35 años la población rural de la Amazonia colombiana se multiplicó por 2,4, también lo es que en el 2008 habían 5,5% más habitantes urbanos que en el año 1973, casi el mismo número de personas que encontró refugio en las cabeceras al ser desplazadas forzosamente de las áreas rurales y bosques amazónicos durante ese período.

Esto permite afirmar que uno de los elementos característicos de las subregiones suroriental y noroccidental es su poblamiento urbano. Incluso, las tasas de crecimiento urbano de la población de Vaupés y Guainía, en el suroriente amazónico, son más altas que las de Caquetá y Putumayo.

Aun cuando la urbanización de la Amazonia colombiana puede considerarse como tardía si se compara con la de la Amazonia brasilera, peruana y boliviana, es evidente que, al igual de lo que acontece en esos

países amazónicos, el crecimiento poblacional y urbano de ciudades como Florencia, San José del Guaviare, Leticia y Puerto Asís, más pronto que tarde las ubicarán dentro de la categoría de ciudades medianas, con más de 200.000 habitantes, a las que pertenecen Iquitos y Pucallpa en el Perú; Rio Branco, Macapá, Imperatriz, Sao Luis, Cuiabá, Várzea Grande, Ananindeua, Santarém, Porto Velho y Boa Vista, en Brasil; Paramaribo, en Suriname; y Georgetown, en Guyana (PNUMA-OTCA, 2009).

El fenómeno urbano que vive la Amazonia colombiana en la actualidad se relaciona con los siguientes factores de expulsión de sus áreas rurales:

- La crisis de la coca por efecto de las fumigaciones con glifosato.
- La violencia de la que fue y es objeto la población campesina por parte de los grupos armados legales e ilegales presentes en el territorio. Las tasas de homicidios correspondientes a esta región fueron superiores a las del país durante el período 2003-2008.
- La presión que ejerce la guerrilla de las FARC para incorporar a sus filas a la población joven, lo cual induce el desplazamiento de familias enteras.
- La presión que contra las comunidades indígenas ejerce esta guerrilla y que da como resultado el desplazamiento de los silvícolas hacia las cabeceras municipales.
- La presión sutil y expresa que ejercen los paramilitares y los narcotraficantes para quedarse con los predios de campesinos y colonos.
- Los procesos de concentración de la propiedad rural en municipios como San José del Guaviare, donde el coeficiente de Gini de la tierra es superior a 0,95.
- La compra de grandes extensiones de tierra rural por parte de narcotraficantes, los cuales en 1998 ya habían invertido en este activo en más del 36% de los municipios amazónicos, principalmente en el departamento del Caquetá, en donde en el 53% de sus quince municipios los “dineros calientes” han desplazado a los otrora propietarios de predios y fundos abiertos por la colonización.
- El mejoramiento de las vías de comunicación como la que de Puerto Asís conduce a Neiva, que interconecta a esta ciudad con Florencia y la que

vincula a San José del Guaviare con la capital del Meta.

- La construcción de obras civiles, como los puentes sobre los ríos Ariari y Guaviare, que han dinamizado el mercado de tierras en esos dos ejes, contribuyendo a la urbanización, puesto que sus propietarios originales optaron por emigrar hacia las cabeceras.
- Se relaciona también con la existencia de ciertos factores urbanos que hacen atractivos los centros nucleados, tanto para la población desplazada como para la desempleada de las áreas rurales. Uno de dichos atractivos es la seguridad que *per se* ofrecen esas *protociudades* a los amenazados del campo y a quienes han ido allí huyendo de la violencia de los grupos armados. Otro atractivo es la oportunidad laboral que estos conglomerados humanos ofrecen a quienes se han quedado sin ocupación en las áreas rurales. Aunque en muchos casos se trata de trabajo generado por el sector terciario espurio, en otros se relaciona con la demanda que por bienes y servicios un tanto más especializados hacen los ganaderos, los agricultores y, en el *boom* petrolero que se inicia, las empresas de hidrocarburos y sus empleados a los habitantes urbanos.

CONCLUSIONES

La Amazonia siempre ha estado habitada. No obstante, difieren dos formas de ocupación del territorio marcadamente opuestas, la de los indígenas habitantes originarios y la de los europeos. La llegada de éstos marcó la disolución de la estructura social, económica, cultural y espacial de los indígenas. Las fundaciones conocidas como reducciones o pueblos de misión constituyeron la forma en que los europeos materializaban su obra conquistadora, al reproducir arreglos originarios del Viejo Continente.

Apoyados en el trabajo permanente de congregaciones religiosas, fueron sometidos finalmente los pobladores nativos en un proceso de expropiación de su entorno vital. Y sólo hasta que se vio amenazada la soberanía del Estado tuvo validez la presencia de los indígenas en aquellos territorios, aunque siempre como “colombianos” de inferior categoría.

La presencia de factores dinamizadores de la economía, representados en la extracción de los recursos del bosque, ha sido fundamental en el proceso de ocupación del territorio amazónico que por siglos se mantuvo a espaldas del país andino. Quinas, caucho, madera, pieles, animales, petróleo, oro y coca han configurado las “bonanzas efímeras” que se lo llevan todo y pauperizan lo que queda y a los que se quedan, muchos de los cuales llegaron tras la búsqueda de un mejor vivir.

En la creación de los actualmente más importantes asentamientos nucleados de la región amazónica no resultó tan determinante la persistencia que mostraron conquistadores y misioneros para establecer fundaciones durante los siglos XVI a XVIII, como lo fue el accionar de las bonanzas extractivas presentadas en la región durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Este hecho es resultado tanto del fracaso que durante la conquista y la colonia se obtuvo en la intensión de poblar los fundos urbanos con población indígena que finalmente nunca se acoplaría a este tipo de asentamiento, como del éxito que las bonanzas tuvieron en establecer pueblos resultado gracias a la generación de excedentes económicos, la atracción poblacional y la conformación de mercados.

Este proceso ha dejado huella en el noroccidente amazónico en lo que se ha denominado anillo de poblamiento, territorio que representa el 19,15% de la región Amazónica y alberga el 77,56% de la población entre habitantes urbanos y rurales.

Es aquí donde hoy las acciones del Estado bien podrían centrarse para compensar los abusos e inequidades que por siempre han caracterizado las relaciones entre el Estado y sus pobladores, en un contexto en donde la creciente demanda por la prestación de servicios básicos de las ciudades ha sobrepasado la capacidad de planificación de las entidades de desarrollo local. Por eso estas ciudades acusan problemas de saneamiento básico, poblamiento y urbanización desordenada, disposición inadecuada de residuos sólidos, pérdida de la calidad de aire, falta de oportunidades para la población, bajo esfuerzo fiscal, corrupción administrativa, informalidad económica y, en general, bajos estándares de calidad de vida.

La actual forma de distribución de la población en la región puede convertirse en una oportunidad para la preservación del bosque mejor conservado, si se favorecen las condiciones para la población allí asentada mediante una gestión urbana y rural eficiente desde los puntos de vista social, económico y ambiental.

BIBLIOGRAFÍA

- Almario, P. *Florencia. Cómo nació y creció mi pueblo*. 1996. Fundación para el Desarrollo del Arte y la Cultura de la Amazonia, Florencia. (10 p).
- Aprile-Gnisset-Gnisset, J. *La Ciudad Colombiana. Siglo XIX y siglo XX*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular. 1992. (798 p).
- Banco Interamericano de Desarrollo, Programa de Naciones Unidas para el desarrollo y tratado de cooperación amazónica. *Amazonia sin Mitos*. Bogotá Editorial Oveja Negra. 1992. (253 p).
- Cabrera, G. *La Iglesia en la frontera: misiones católicas en el Vaupés 1850 – 1950*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. 2002. 251 p.
- Domínguez, C. *Caquetá en el Anillo de Poblamiento Amazónico*. En: Arcila, Oscar, et al, *Caquetá. Construcción de un territorio amazónico en el siglo XX*. Instituto Sinchi, Tercer Mundo Editores., 2000. 8 p.
- Domínguez, C. y Gómez, A. *Nación y etnias. Los conflictos territoriales en la Amazonia 1750 - 1933*. Bogotá, Disloque Editores Ltda. 1994. 245 p.
- Donadio, A. *La guerra con el Perú*. Planeta Colombiana Editorial S. A. Bogotá. 1995. 128 p.
- García, C. y Santanilla, E. *Belén de los Andaquíes. Características Geográficas e Históricas*. En: almario, P. *Cómo nació y creció mi pueblo*. Fundación para el Desarrollo del Arte y la Cultura de la Amazonia. Florencia. 1996. Pág. 135 a 157.
- González, H. *Antecedente histórico de La Macarena*. En: CUBIDES, F. et al., *La Macarena. Reserva biológica de la humanidad*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 1990. Pag. 116 a 143.
- Juan, J. y de Ulloa, A. *Noticias Secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los Reynos del Perú y Provincias de Quito, Costas de Nueva Granada y Chile: Gobierno y régimen particular de los pueblos de indios: cruel opresión y extorsiones de sus corregidores y curas: abusos escandalosos, introducidos entre estos habitantes por los misioneros: causas de su origen y motivos de su continuación por el espacio de tres siglos*. Editado por David Barry, Londres, Taylor, 1826. Reeditada en edición facsimilar en: Bogotá: Banco Popular. 1983. Parte II. 40 p.
- Kotkin, J. *La ciudad. Una historia global*. Barcelona, Random House Mondadori, S. A. 2006. 304 p.
- López, M. *Dinámicas espaciales y temporales del componente demográfico de la región amazónica colombiana*, Instituto Sinchi, 2009 (E-Book). 182 p.
- Mayorga, F. *Lugares de españoles y pueblos de indios. Los centros urbanos en la sociedad colonial*. En: *Revista Credencial Historia Instituciones de Colombia*. Bogotá. 2002. vol: 147 fasc: p. 7 – 8.
- Mejía, M. *Amazonia Colombiana. Historia del uso de la tierra*. Corpes de la Amazonia, ediciones Antropos Ltda. Santafé de Bogotá. 1993. Pag. 1 a 75.
- Mora, J. *Mocoa. Su historia y desarrollo*. Bogotá, Imprenta Nacional de Colombia. 1997. 90 p.
- Ortiz, F. y pradilla, H. *Indígenas de los Llanos Orientales*. En: *Introducción a la Colombia amerindia*. Santa Fe de Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología. 1987. 30 p.
- Pinzón Alberto, *Monopolios misioneros y destrucción del indígena*, citado por Mejía, Mario 1993
- PNUMA-OTCA. 2009. *Perspectivas del Medio Ambiente en la Amazonía: Geoamazonia*. 323 p.
- Reyes, A. *Guerreros y Campesinos*. Grupo Editorial Norma, Bogotá. 2009. 150 p.
- Torres, G. *Atlas Ambiental del Putumayo*. Corpoamazonia, 2007. Ediciones e impresos Amaranta Ltda. Bogotá. 2007. 84 p.
- Tovar, B., et al. *Los pobladores de la selva*. ICAN, Colcultura, PNR, Universidad de la Amazonia, Santafé de Bogotá. Tomo 1. 1995. 30 p.
- Uribe, G. *Veníamos con una manotada de ambiciones*, Universidad Nacional de Colombia – Unibiblos. Segunda edición, Santafé de Bogotá. 1998. 238 p.